

LA COSECHA

Y OTRAS HISTORIAS PARA REFLEXIONAR



EL ESPEJO

Nadie sabía por qué a Ana se le ocurrió pasar la mano por el espejo aquel día. Muchos desearon después que nunca lo hubiera hecho. Se habrían evitado tantos conflictos, y ella no hubiera corrido el riesgo de ser echada del pueblo. Una cosa era simplemente ser rebelde o criticar en voz baja, pero otra muy distinta era arriesgar que otros empezaran a imitar su ejemplo. Eso, para la gente del pueblo, era imperdonable.

Lo curioso era que nadie la había juzgado jamás por estar sucia. Toda su vida había trabajado en las minas, igual que los demás. Nadie se quejaba del carbón, del hollín, del aceite quemado, de la mugre que impregnaba cada rincón. El olor ya era parte de la costumbre. Pero ¿qué se podría hacer? ¿Limpiarlo todo? No había tiempo. Además, aunque dedicaran un día entero a frotar paredes, ropa y rostros, al día siguiente volverían a ensuciarse.

Quizás fue solo un impulso, pero cuando Ana pasó la mano sobre el vidrio empañado, algo despertó en ella. No quedó conforme. Necesitaba ver mejor. Buscó un trapo, probó con su delantal, pero todo estaba igual de mugriento y solo conseguía que la mancha se extendiera. Entonces recordó el pañuelo blanco que su padre le había regalado de niña y que ella guardaba consigo en un lugar oculto. Dudó un momento. Le dolía arriesgarlo. Pero algo dentro de ella lo pedía con desesperación.



Usando su pañuelo, frotó una esquina del espejo y, por primera vez, el vidrio cedió y reveló un rincón limpio, lo suficiente como para reflejarla. Ana se acercó al espejo y se quedó inmóvil, viéndose por primera vez.

Lo que más le llamó la atención fue el contraste entre sus ojos y el resto de su cara. Aquellos todavía brillaban, de un color vivo, como el cielo en un día despejado. Su rostro, en cambio, se veía opaco, cubierto de capas grises de hollín y grasa.

Con un gesto tembloroso pasó el pañuelo por su mejilla. Una lágrima inesperada, ayudó a arrastrar la mugre. Y allí, bajo todo aquello, descubrió que su piel tenía un tono de café con leche suave, cálido, completamente distinto a la máscara grisácea que llevaba desde siempre.

El hallazgo la conmovió y al mismo tiempo la asustó. Algo le decía que, si otros la veían así, la juzgarían con dureza. Pero no pudo apartar la mirada de la imagen que reflejaba el espejo. Ver su propio rostro limpio, aunque fuera apenas un fragmento, la maravillaba de una manera que nunca había experimentado antes.

Un sonido de la puerta de la sala la sacó rápidamente de su fascinación y se llenó de adrenalina. Pensó en volver a ensuciarse la cara rápidamente para disimular, pero ya era tarde. Solo logró cubrir con su cabello la mejilla recién descubierta, esperando que la persona que entraba a la casa no lo notara.

Damián, su hermano, entró y enseguida notó algo extraño en ella. Ana giraba el rostro como si quisiera esconderlo, pero la luz que se filtraba por la ventana iluminaba con claridad la mejilla que había logrado limpiar.

—¿Qué hiciste, Ana? —preguntó con dureza, frunciendo el ceño.

—Nada... solo... quise ver cómo era realmente mi cara —respondió ella, temblorosa.

—¿Estás loca? —replicó Damián, alzando la voz—. ¿No entendés lo que dirán los demás? Si te ven así, van a pensar que los acusás, que te creés mejor que ellos. ¡Que nosotros somos más sucios que vos!

Ana trató de explicarse, de decir que no se trataba de orgullo, sino de un anhelo profundo de descubrir quién era realmente.

—¡Tenés que volver a ensuciarte y prometer no volver a tratar de limpiarte! —insistió su hermano. Sino todo el mundo va a pensar que yo también estoy involucrado.

—¡No puedo prometer eso! ¡Quiero ser limpia! —dijo Ana mientras lloraba.



Damián no lo pudo tolerar. La tomó del brazo y, pese a sus súplicas, la arrastró fuera de la casa.

En la calle, el murmullo creció en cuestión de segundos. Los vecinos se acercaban, miraban la mejilla descubierta de Ana y pronto la indignación se encendió como fuego en rastrojo.

—¡Se cree diferente! —gritó una mujer.

—¡Nos está juzgando a todos! —añadió otro.

—¡Nos hace ver como si fuéramos bestias!



La tensión se volvió insoportable. Ana intentó hablar, pero cada palabra era sofocada por gritos y reproches. Finalmente, alguien dictó la sentencia que todos terminarían gritando en coro:

—¡Fuera! ¡Que se vaya del pueblo!

Las lágrimas resbalaban por la parte limpia de su rostro cuando Ana recogió sus pocas pertenencias y cruzó la frontera del pueblo. No volteó para mirar atrás; el rechazo le pesaba demasiado.

No muy lejos de allí encontró un arroyo. Se acercó y, entre el movimiento del agua, lograba ver apenas un destello de su reflejo. Pronto empezó a mojarse la cara y frotar con determinación para quitarse más de la suciedad que la había acompañado prácticamente toda su vida.



Se sentía más libre pero instintivamente supo que no podía seguir sola, por lo que pronto se levantó y empezó a caminar, siguiendo en dirección hacia la fuente del arroyo. Con cada paso, una pequeña chispa de esperanza la empujaba hacia adelante. Quizás, en algún lugar, habría otros como ella, personas que también se habían atrevido a frotar el espejo y a descubrir bajo la costra de mugre un rostro diferente, más vivo, más humano.

LA MÁQUINA

Le había tardado tiempo a Juan decidir qué tarea hacer en La Máquina. Sus padres habían sido jala-palanqueros, pero él no podía imaginarse estar trabajando sentado todo el día. Los que operaban una cinta caminadora o bicicleta estática por lo menos usaban tanto sus piernas como sus brazos. Ahora, como trotador, tenía la posibilidad de tomarse un descanso de 30 minutos por cada hora de correr, lo cual le permitía más tiempo para mirar sus canales favoritos en la pantalla interactiva que tenía cada puesto.



Por supuesto, siempre estaba la esperanza de que, después de trabajar duro en su puesto, eventualmente podría conseguir un lugar en la gerencia o como técnico reparador de La Máquina, ya que ellos tenían menos horas de trabajo y podían vivir en el segundo piso donde había más espacio y menos ruido. Llegar al tercer piso era inimaginable, debido a que los conductores de la máquina eran

muy pocos y no permitían que otros tomaran sus lugares con facilidad.

Sus piernas ya estaban acostumbradas y su cuerpo prácticamente andaba de forma automática sin mucha necesidad de pensar en cada movimiento que hacía. Poder mirar la pantalla interactiva que estaba disponible en sus momentos de descanso, ayudaba bastante a ignorar el calor húmedo que se generaba en la sala y que resaltaba el olor a sudor, óxido y goma. Sus canales favoritos eran los que mostraban las noticias de lo que pasaba en La Máquina, las historias de suspenso, algunos canales de comedia, y los documentales sobre la naturaleza y los pocos animales salvajes que todavía existían afuera. Nunca habría mirado el canal de El Denunciante si su compañero no le hubiera insistido.

—Está muy bueno el video —le había susurrado Jaime, mientras trotaban un miércoles común y corriente—. Te va a explotar la cabeza.

Juan se apresuró a reproducir el único video que aparecía en el misterioso canal. El Denunciante no mostraba su rostro. En vez, había colocado diferentes imágenes filmadas adentro y afuera de La Máquina que ejemplificaban lo que él decía.

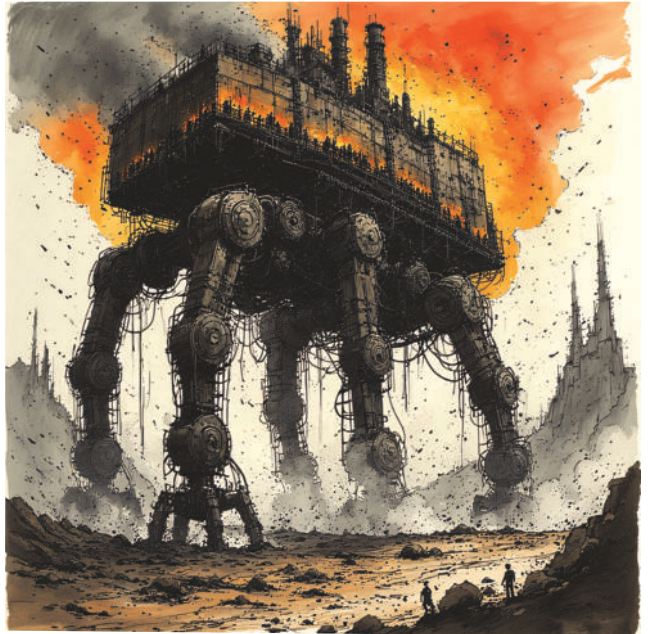
—La Máquina es un engaño —comenzaba el video—. Existe solo para mantenernos ocupados y distraídos de nuestro verdadero propósito. Se te dice que sin La Máquina no podrías existir, pero lo opuesto es verdad. Sin que alguien jale las palancas, sin caminantes, trotadores y corredores que hagan andar las cintas, sin que se pedaleen las bicicletas estáticas, y sin todas las demás actividades que se hacen dentro de La Máquina, ésta no podría andar; colapsaría el mismo momento en que todos se fuesen de sus puestos para nunca volver, dejando solos a los que antes la conducían.

»Para justificar su existencia, los conductores emplean propagandistas que te señalan los beneficios aparentes que recibís por tu servicio a La Máquina. Primeramente, es la posibilidad de canjear tus créditos por comida, ropa y algún tipo de espacio para dormir. También te provee de pantallas interactivas, del entretenimiento, y de la ilusión de poder aumentar tu comodidad cuanto más de tu tiempo sacrificas a La Máquina.

»Pero casi nunca ves el costo. Esta Máquina que se alimenta de tus esfuerzos, camina por el mundo aplastando y tragando todo lo que toca, mayormente para la comodidad de los conductores y de los que están en el segundo piso, dejando las migajas para los demás y convirtiendo al mundo exterior en basura y contaminación.

»Estamos llegando al día en cual La Máquina ya tendrá el control total del mundo afuera. Hay una sola solución para revertir todo esto, y ya sabés cuál es. Cada uno de nosotros debe, de su propia voluntad, dejar de alimentar a La Máquina. Tenemos que dejar de jalar las palancas, de hacer correr las cintas, dejar de pedalear y mantener este monstruo mecánico que está llevando al mundo entero a su destrucción. Podemos volver a la

vida que una vez tuvimos antes de crear La Máquina. Nos podríamos dedicar solamente a las tareas que realmente benefician a los demás, sin costos escondidos. Podríamos todos vivir más sanamente y disfrutar de la belleza y libertad que se nos había regalado. Sin duda, todo esto y mucho



más es posible si ahora mismo dejamos todo lo que acá hay, para vivir todo lo que nos espera afuera. Esperamos que tengas la valentía de hacer lo que te corresponde. Los que hemos salido estaremos esperando tu venida.

Emoción, enojo, miedo, culpa... la mezcla de emociones que Juan sentía era difícil de explicar. Pero algo era claro: tenía que tomar una decisión.

—¿Y si nos vamos de La Máquina? —tiró, mirando al compañero que esperaba ver su reacción.

—No seas tonto. Puede ser verdad lo que dice El Denunciante, pero también es verdad que la mayoría de las personas se van a quedar en La Máquina. El video ya tiene millones de vistas y nada ha cambiado. Es una linda idea lo que propone, pero no es realista —argumentaba Jaime.

—Pero si nos quedamos, Jaime, vamos a seguir siendo parte del problema. Si existe alguna esperanza de que se pueda detener a La Máquina, tiene que empezar con nosotros.

—Pero vas a dejar todo... ¿para qué? ¿Para ir detrás de un tipo que ni

conocés y un futuro incierto? ¿Qué tipo de vida es esa? Además, La Máquina eventualmente los encontrará y los aplastará... así como con todo lo demás. ¿Y qué beneficio te habrá dado?

—No sé. Pero todos morimos al final, estemos en La Máquina o no. Es verdad que el futuro fuera de La Máquina es incierto, pero eso es solo porque está lleno de posibilidades. El futuro dentro de La Máquina ya sé cuál es y cómo termina. Lo he sabido casi toda mi vida. Seamos honestos, todos lo hemos sabido. Eso es lo que me llama la atención sobre el video de El Denunciante. Él está diciendo lo que todos sabemos es verdad, pero que nunca quisimos declarar por temor a tener que actuar... Ahora me es clara la decisión que tengo que tomar.



No tardó mucho tiempo para encontrar a alguien que quería trotar en la cinta caminadora que quedó vacía unos días después. Todos hablaban de cómo el mundo estaba empeorando, de que la gente se volvía loca, y que algunos extremistas se habían obsesionado con el mensaje de El Denunciante, yéndose de La Máquina para armar una vida afuera en un mundo incierto y pronto a desaparecer.

EL VISITANTE

Cuando las primeras luces aparecieron en el cielo, estallaron los gritos, algunos de asombro, otros de miedo. En cuestión de segundos, cientos de celulares fueron alzados hacia el firmamento para registrar lo que muchos intuían que se convertiría en el video más viral de la historia.

El objeto descendía lentamente, con un resplandor que parecía desafiar las sombras de la noche. Mientras tanto, las pocas fuerzas armadas que quedaban en el país se desplegaron en posiciones estratégicas, con las armas firmemente apuntadas hacia la misteriosa nave. Todos aguardaban, tensos, el momento en que se abriera la puerta.



No era la primera vez que se hablaba de ovnis. Durante años, los reportes habían inundado el internet. La mayoría eran falsificaciones creadas con inteligencia artificial, producidas para ganar dinero con vistas y propagandas, pero no hacía mucho tiempo que varias fuerzas aéreas del mundo habían reconocido oficialmente que habían visto «fenómenos aéreos no identificados». Lo que estaba pasando ahora, sin embargo, era

distinto. No se trataba de rumores ni de videos dudosos. Ahora parecía llegar el momento de un contacto directo, y toda la humanidad contenía la respiración.

Cuando la puerta se abrió, una luz cegadora estalló desde el interior de la nave. Al principio fue imposible distinguir la silueta que emergía, pero poco a poco se empezó a ver una figura humana vestida con ropajes brillantes.

Los pasos del visitante fueron lentos y medidos. Se detuvo en la plataforma de la nave, alzó los brazos y mostró las palmas de sus manos, como queriendo dejar en claro que no estaba armado. El gesto transmitía paz, y aun así el silencio que siguió fue palpable, como si millones de personas en todo el planeta hubieran dejado de respirar al mismo tiempo.

Lo que más sorprendió fue que, cuando abrió la boca, habló con palabras claras en español. Los medios de comunicación internacionales que habían llegado y ya estaban transmitiendo en vivo, traducían automáticamente lo que el visitante decía al idioma que correspondía a cada país.

—Tengo un mensaje importante que comunicarles —dijo con solemnidad.

Un murmullo recorrió la multitud. El visitante continuó:

—Vengo de un futuro cercano, de un tiempo en el que el mundo ha avanzado mucho en tecnología. En respuesta a un tiempo turbulento de guerras, conflictos políticos, desastres naturales, y escasez, crearon sistemas de inteligencia artificial para guiar casi cada aspecto de sus vidas, sean el manejo del transporte, la producción de comida, el sistema judicial, el gobierno, y la economía.

»Todo esto inicialmente resultó en una época de prosperidad y abundancia. Hasta se sentía una ilusión de paz. Muchos creyeron finalmente haber alcanzado una utopía material. Pero había algo fundamental que no había

cambiado. Permanecieron el egoísmo, la codicia, la mentira, la violencia, por lo que también se utilizaron estos mismos avances tecnológicos para fines siniestros, engañando y estafando a los demás. Pronto se pidió establecer un sistema de control total que vigilaría a todos, para su propio bien, por supuesto.

»Se descubrió tarde que todo era parte de un plan que ya estaba en marcha desde hace mucho tiempo, y que culminó en entregar ese poder absoluto a un ser totalmente corrupto y vil que rápidamente lo usó para deshacerse de cualquiera que se opusiera a su plan de destruir todo lo bello, lo noble, lo sagrado. La humanidad entera estaba a punto de desaparecer.



El silencio fue absoluto, como si cada palabra atravesara la incredulidad de miles.

—¡Escuchen! No se trata de que descubran algo nuevo —prosiguió—. De nada les sirve apresurarse a conseguir más cosas y avanzar más con la

tecnología si se terminan destruyendo. Ustedes ya saben lo que realmente los llevará a un mundo mejor: ayudarse unos a otros, dejar de estar motivados por la ganancia material, practicar la no-violencia y la resolución pacífica de los conflictos, ser fieles y sinceros. No esperen soluciones mágicas. Deben poner en práctica estas lecciones ahora, sin importar sus costos iniciales.

Su mirada recorrió la muchedumbre, como si buscara un destello de comprensión.

—Elijan el amor y la verdad. Renuncien al materialismo —concluyó—. Si no lo hacen, las consecuencias serán graves. El tiempo se acaba.

Por un instante se sintió un aire de expectación, casi de esperanza. Pero de inmediato, algunos líderes entre las multitudes comenzaron a gritar:

—¡Es un engaño! —vociferó uno de ellos—. ¡No es un viajero del tiempo, es un extraterrestre que busca debilitarnos, desarmarnos y empobrecernos para que su especie nos invada y nos esclavice!

Las voces se unieron, primero tímidas, luego estruendosas.

—¡No le crean! ¡Es un truco!

El visitante alzó las manos otra vez, con calma, e intentó refutar:

—No vine a dañarles. Vine a advertirles. Si me rechazan, el futuro será de destrucción para toda la humanidad.

El rugido de la multitud fue ensordecedor. La desconfianza se había convertido en odio. Gritos de pánico y furia exigieron acción inmediata.

—¡Nos está amenazando! —gritaban algunos.



—¡Mátenlo antes de que nos engañe! —clamaban otros.

—¡Disparen! ¡Disparen! —ordenaban otros más, señalando hacia el ser brillante.

Las fuerzas armadas, dudando por un instante, finalmente obedecieron. Una ráfaga de disparos atravesó el aire y el cuerpo del visitante cayó pesadamente frente a la entrada de la nave.

Hubo unos segundos de silencio abismal, roto solo por los sollozos de unos pocos que habían creído en él. Entonces, desde el interior del objeto volador, una luz cegadora se encendió. El resplandor fue tan intenso que todos cerraron los ojos y quedaron momentáneamente ciegos.

Cuando recuperaron la vista, el cuerpo ya no estaba. La puerta de la nave se había cerrado, y en cuestión de segundos, el objeto se elevó con un estruendo, ascendiendo hacia el cielo hasta desaparecer entre las nubes.

Nadie habló al principio. Pero pronto, como para ahogar cualquier duda o remordimiento, los líderes gritaron con fuerza:

—¡Era una trampa! ¡Nos hemos librado de él!

Muchos se fueron confiados de que habían prevenido el engaño más elaborado de toda la historia. Sin embargo, en lo más profundo del corazón de algunos pocos, una semilla de inquietud había quedado plantada.

EL HECHIZO

Santiago no podía creer lo que le estaba pasando. Había ido a visitar a sus familiares después de no haberlos visto por un par de semanas y ahora parecía que le habían tendido una trampa.

A Santiago le habían quitado y roto su celular y le habían hecho sentar en una silla que estaba apoyada contra la pared de un cuarto pequeño que carecía de ventanas. El espacio entre él y la puerta de salida estaba obstruida por una mesa y la silla desde donde Saulo Balor, famoso cazador de brujas, lo miraba fijamente.



—No quiero estar acá —se quejó Santiago.

—Estás acá porque tu familia te ama y está preocupada por vos —replicó Saulo, ignorando el pedido—. No tenés idea en qué te metiste.

—¡Soy un adulto! Puedo tomar mis propias decisiones —insistió el joven de 23 años de edad.

—Es que no son tus propias decisiones. Te están controlando en contra de tu voluntad y ni siquiera te das cuenta.

Santiago recientemente había tomado la decisión de juntarse a un grupo de activistas que abogaban por el cuidado del medio ambiente. Él había tenido interés en temas ecológicos hace bastante tiempo. Conoció al grupo un día que los vio haciendo una protesta fuera de una fábrica textil que tiraba químicos peligrosos en un arroyo cercano. Después de escuchar sobre la filosofía y las actividades del grupo, tomó un interés en conocerlos mejor.

Santiago le había estado contando a su madre sobre su interés en la ecología y el grupo de activistas. Hace un par de semanas atrás, se había ido con ellos a un encuentro en una ecoaldea que estaban construyendo en las afueras de la ciudad. Cuando le avisó a su madre por teléfono que se quería quedar allí por un tiempo indefinido, se armó una discusión fuerte con ella.

Todos los días, su madre llamaba insistiendo en que volviera a casa, diciendo que si no lo hacía, lo iba a reportar como desaparecido. Ella no quería que él estuviera asociado con los activistas, especialmente porque el grupo había hecho algunas protestas controversiales. (Algunos activistas habían sido arrestados por haberse amarrado a unos árboles para evitar que fueran talados. En otra ocasión recibieron multas por pintar un mensaje acusador en las puertas del ministerio de transporte).



Para evitar que escalara la situación, Santiago al fin cedió a las demandas de su madre y prometió volver a casa, por lo menos para una visita, aunque dejó el celular apagado por unos días para evitar más discordias con ella.

Santiago había llegado cansado a la noche, con la intención de pasar un par de días con su familia antes de volver a la ecoaldea. Su madre, sus dos hermanos menores, de 14 y 17 años de edad, y su tía lo recibieron cálidamente, y se pusieron a hablar de temas familiares y de cuánto extrañaban a su padre, que había fallecido unos pocos años atrás.

Cuando Santiago quiso irse a dormir, la familia insistió en que se quedara más tiempo para charlar. Después de varias horas, cuando ya no daba más del sueño y rogaba poder irse a descansar, el tono cálido de su madre y de su tía cambió. De repente, se deshicieron de su celular y lo hicieron sentar en el pequeño cuarto donde se encontraba ahora. Fue entonces cuando apareció Saulo Balor para convencerlo de no volver a la ecoaldea.

—Pero yo sí quiero vivir en la ecoaldea y ser un activista. ¡Es lo que siempre quise! —insistía Santiago—.

—Eso es lo que ellos te hicieron creer. ¿Acaso querés que siga sufriendo tu mamá? ¡Estás abandonando a tu familia y a todo un futuro que se esforzaron en proveerte! ¿No estabas estudiando ingeniería industrial para seguir las huellas de tu padre? ¿Vas a deshorrar a tu padre desperdiciando esa oportunidad?

—Yo solo estaba estudiando eso porque es lo que mi mamá me insistió hacer. Pero quiero hacer algo diferente.

—Pero le prometiste que ibas a estudiar eso. Tenés la obligación de cumplir tu promesa. De lo contrario se te puede denunciar por abandono del hogar, ya que tu mamá es viuda, necesita tu ayuda, y sos vos ahora el único varón adulto de la casa —amenazó Balor—.

—¡No es justo! —dijo Santiago, enojado—. ¡Solo quiero vivir mi vida basado en mis propias convicciones!

—Voy a ser claro con vos —dijo Balor con un tono muy serio—. Este

grupo a cual te querés sumar no es como aparenta. Se camufla con el tema de la ecología, pero en realidad es un aquelarre de brujos. Todos los activistas que ves ahí son víctimas del líder que es, en realidad, un sumo sacerdote satánico disfrazado de ecologista. Él solo quiere controlar a los ingenuos activistas con el fin de explotarlos para su propio beneficio. Les puso un hechizo para hacerles creer que son felices viviendo así en la miseria sin muchas posesiones y dinero, y haciendo lo que él decide. Y puso un hechizo sobre vos para que quieras formar parte de su grupo.

—¡Eso es ridículo! ¡Yo no estoy bajo un hechizo!

—¡Eso es exactamente lo que dicen los que están hechizados!

—¡Pero no son mala gente! Yo los conocí en persona. Son radicales, pero tienen buenas intenciones.

—Lo que están haciendo es esclavizar a la gente. Es más, te adelanto... yo ya tengo en marcha una denuncia judicial para desbarratar a esos mugrientos. Si vos te vas ahora con ellos, vas a sufrir las consecuencias — siguió amenazando Balor—.



El famoso cazabrujos abrió un bolso que tenía a su lado y sacó algunos recortes de diarios y revistas que hablaban sobre el grupo. Los títulos incluían palabras como «hechizos», «brujos», «aquelarre» y otras frases que describían a la comunidad de activistas en términos negativos. Hablaban de las protestas controversiales que habían hecho en contra de varias corporaciones, los

arrestos y las multas. También se mencionó un caso en la que otra familia que se había puesto en contacto con Balor, se había quejado de que su hija mayor se había sumado al grupo. Incluso hubo una entrevista con alguien que había vivido en la ecoaldea y se había ido después de una discusión que tuvo sobre el manejo de un proyecto. Acusaba al líder de estar obsesionado

con que las cosas se hagan a su manera. El exmiembro mencionaba que luego de haber hablado con Balor, se había dado cuenta que había sido hechizado por el grupo y que todas las experiencias que él antes pensaba que eran positivas habían sido, en realidad, parte de una estrategia del líder para generarle una dependencia en el grupo.

Santiago se quedó pensativo al ver toda la información que el especialista le presentó. Observando eso, Balor abrió la puerta para dejar entrar a su madre y tía.

—¡Por favor, hijo! ¡Te lo suplico! —rogaba la madre, entre sollozos—. ¡No desperdicies tu vida en estas fantasías idealistas! Quedate con nosotros y seguí tu carrera de ingeniería industrial. Prometeme eso por lo menos.

—¡Escuchá a tu madre, Santiago! —agregó la tía—. Reflexioná en lo que debe estar pensando tu papá y del ejemplo que vas a dar a tus hermanos. Después de que te recibas como ingeniero, si todavía querés ser activista ecológico, está bien, pero no hagas sufrir a tu mamá así ahora ni abandones a tus hermanitos.



Santiago no supo cómo reaccionar. Si no le hubieran quitado su celular, le podría preguntar a los activistas si lo que Balor le mostró era real y escuchar la otra campana. Pero quizás el grupo no era tan inocente como había pensado y realmente lo estaban engañando. Aunque deseaba ser activista ecológico, sabía que eso implicaba un sacrificio de su parte y que seguramente sería tratado con desprecio por su familia y el resto de la

sociedad. Realmente no quería ser ingeniero industrial, pero sentía que si no le hacía caso a su madre, ella sufriría por culpa de él. Además, Saulo Balor era reconocido como un experto en aquelarres y brujos, así que debía confiar en él, por más que ahora lo estaba obligando a hacer algo que él realmente no quería hacer.

Los años pasaron. El grupo de activistas había generado otras controversias que aparecieron en los medios de comunicación un par de veces. Balor fue invitado como experto para hablar sobre el tema general de la brujería y los hechizos. Incluso mencionó el caso de Santiago como un ejemplo de alguien que casi fue captado por el grupo.



Santiago finalmente se recibió de ingeniero industrial. Ya no tenía interés en ser un activista ecológico. De hecho, ahora trabajaba como encargado de una fábrica textil importante a nivel internacional. Se había dado cuenta que la contaminación ambiental es simplemente una parte inevitable de la vida y que no se puede esperar que las personas perjudiquen a sus propias empresas por una causa que quizás ni solucione el problema a largo plazo. Además, su mamá estaba más tranquila y dejó de quejarse tanto, por lo menos en cuanto a su elección de trabajo.

Balor mantuvo un contacto esporádico con Santiago. Estaba contento al escuchar sobre cómo le iba hoy en día. En particular, sintió cierta satisfacción al ver que su propio hechizo había funcionado bastante bien.

EL EJEMPLO

Él nació en circunstancias complejas, en el seno de una familia pobre. Sus padres habían huido de su país como refugiados, pero regresaron después de algunos años. En medio de esas dificultades, el niño creció con un corazón sensible y una mente perspicaz que pronto comenzó a hacerse preguntas. Apenas alcanzada la pubertad, cuestionaba las costumbres heredadas y se



preguntaba por el sentido más profundo de la vida. No obstante, permaneció obediente a sus padres, aprendiendo de ellos con paciencia, y creciendo en sabiduría.

Con el tiempo se convirtió en un joven que se había ganado cierta reputación entre quienes lo conocían por su rectitud. Cumplía con lo que se esperaba de él, pero en su interior sentía un llamado que lo empujaba más allá de las obligaciones familiares y de las expectativas sociales. Por ello, en su adultez, supo que había llegado el momento de dejarlo todo para entregarse a una misión más grande que el mundo a su alrededor.

Durante un breve periodo se apartó de la gente, buscando soledad para poner a prueba sus convicciones. Allí, enfrentado a la tentación de pactar con la corrupción de los sistemas políticos, económicos y religiosos, eligió rechazar sus ofertas. Comenzó a recorrer diferentes lugares, proclamando una nueva forma de vida basada en valores radicalmente distintos a los establecidos por la sociedad. Invitaba a las personas a cambiar su manera de pensar y actuar si deseaban experimentar esa vida renovada.

Enseñaba que el camino fácil y popular conducía a la ruina, mientras que la senda correcta exigía esfuerzo y valentía, razón por la cual solo unos pocos se atrevían a recorrerla.

Atacaba de frente al materialismo. Explicaba que acumular bienes carecía de sentido porque todo lo material es perecedero, y animaba a la gente a invertir su tiempo en valores espirituales. Exhortaba a vender posesiones y compartir con los necesitados, recordando que nadie podía servir al mismo tiempo al materialismo y a lo espiritual, pues eran caminos opuestos: al final se terminaría amando a uno y despreciando al otro.

Cuando le preguntaron por lo más importante de todo, respondió con claridad: el amor. Amar con todo el corazón, con todo el ser y con toda la mente a la fuente de la verdad y del bien, y amar al prójimo como a uno mismo. Y no se conformó con eso: llevó el amor hasta el extremo de pedirlo incluso hacia los enemigos, enseñando que no había que responder al mal con maldad, sino hacer el bien a quienes los odian.

Dio gran valor a los pobres, los humildes y los despreciados. Afirmó que el perdón estaba al alcance de cualquiera que reconociera sus errores y buscara un cambio, y celebró cada acto de bondad y sinceridad, sin importar la posición social, la edad, la raza o las creencias de la persona.

En cambio, fue implacable con los ricos y con los líderes religiosos, a quienes acusó de engañar al pueblo y amar más sus privilegios y prestigio que la verdad. Los señaló como hipócritas que aparentaban rectitud mientras estaban llenos de avaricia y maldad. Les reprochaba preocuparse y discutir por detalles triviales mientras descuidaban lo esencial: la justicia, la misericordia y la fe sincera.

No hablaba solo del presente. Advertía que la historia del mundo se dirigía hacia un abismo, pero también prometía intervenir para derribar el sistema corrupto y establecer el nuevo mundo que anunciaba.

Aunque todos estaban invitados a ser parte de ese nuevo mundo, no todos serían elegidos para permanecer allí. Eso era reservado para quienes confiaran en él. Tales personas encontrarían una vida plena e imposible de ser vencida por la muerte, mientras que quienes ignoraran su mensaje terminarían en sufrimiento y perdición.

No tardó en despertar enemigos. Los ricos, los poderosos y los dirigentes religiosos se sintieron amenazados y no pudieron aceptar sus enseñanzas. Conspiraron contra él y, valiéndose de la traición de uno de sus más cercanos compañeros, lo entregaron a las autoridades. Fue acusado falsamente y condenado a muerte, mientras el gobierno, temiendo disturbios, se lavó las manos de él y cedió a las presiones de los líderes religiosos y del pueblo manipulado por ellos.

Lo golpearon sin piedad, lo escupieron en el rostro, y lo ridiculizaron. Lo azotaron con crueldad y lo obligaron a cargar un poste de madera por las calles, mientras la multitud lo insultaba y despreciaba, hasta llegar a las afueras de la ciudad. Allí lo desnudaron y lo clavaron en un travesaño levantado para exhibirlo como escarnio y la vergüenza del pueblo.

Mientras lo torturaban hasta la muerte, continuaron burlándose de él. Pero no se rindió: permaneció firme en el amor. No devolvió mal por mal. En vez, extendió perdón y misericordia hacia todos, entendiendo que no eran conscientes del mal que hacían. Finalmente murió, entregando su espíritu a la fuente de todo bien, a quien llamaba «Padre».

Sus pocos seguidores afirmaron que, tras su muerte, lo vieron nuevamente con vida durante algunos días, antes de que partiera a otra dimensión. Relataron que él les explicó que su muerte formaba parte de un plan divino anunciado desde tiempos antiguos y que ahora les tocaba a ellos recorrer el mundo para anunciar lo que él les había enseñado y mostrado.

Aquellos pocos seguidores pronto se convirtieron en miles. Los que creían en su mensaje vivían en comunidad, vendían sus bienes y compartían todo

cuanto tenían, de manera que nadie pasaba necesidad. Día tras día se dedicaban a difundir las enseñanzas de su maestro.

No tardaron en llegar las persecuciones. Algunos murieron a espada, otros fueron arrojados a los leones como espectáculo para un pueblo decadente. Aun así, el movimiento sobrevivió y creció, manteniéndose siempre al margen de la sociedad que lo despreciaba.

Cuando el sistema se dio cuenta de que no pudo destruirlos con violencia, optó por fusionarse con ellos, apropiándose de su nombre y fingiendo creer en el maestro. En lugar de promover sus enseñanzas, impulsaron los mismos valores contra los que él había luchado. Los hipócritas incluso llegaron a usar su nombre para perseguir con violencia a quienes pensaban distinto o se esforzaban por vivir fielmente el mensaje original.



A lo largo de los siglos surgieron pequeños movimientos que mantuvieron viva la esencia de su enseñanza, siempre rechazados y perseguidos en su tiempo, aunque muchas veces reconocidos después como héroes de la fe.

Hoy, miles de millones dicen creer en el Maestro. Se reúnen para hablar de él, le cantan himnos y lo proclaman divino, Señor de Señores, Dios hecho carne. Pero ¿quién está tomando en serio su mensaje? ¿Quién está realmente tratando de seguir su ejemplo?

EL RESETEO

Daniel se encontraba en medio de una plaza luminosa y amplia. Los árboles daban sombra a senderos de piedra, las plantas resplandecían con hojas verdes y brillantes, decoradas con los colores vívidos de las flores. La gente andaba con serenidad, algunos en bicicletas, otros caminando despacio, saludándose al pasar, con sonrisas tranquilas. Sentados en la plaza, algunos conversaban en grupos pequeños. Los niños jugaban y corrían alrededor de una fuente de agua clara. Todo parecía en armonía, como si el lugar entero respirara al mismo ritmo. Se sentía paz y tranquilidad.



Una mujer de cabello oscuro y mirada apacible se acercó con una expresión de bienvenida.

—Hola, Daniel. Soy Amara —dijo con naturalidad, como si lo estuviera esperando—. ¿Vamos? —preguntó, ofreciéndole la mano.

Caminaron juntos hacia un amplio invernadero transparente, donde las plantas crecían en torres que llegaban hasta el techo. Hombres y mujeres cosechaban frutos y verduras con paciencia y cuidado, mientras otros reían y conversaban, compartiendo la labor.

—Aquí producimos la mayor parte de nuestros alimentos —explicó Amara—. Algunas cosas se traen de afuera, particularmente cuando hay abundancia en otras zonas. También tenemos algunas granjas compasivas donde se obtienen huevos y se elaboran productos lácteos.



Daniel vio cómo una niña pequeña llevaba una canasta de tomates a un centro de distribución, donde eran pesados y colocados en estantes. Varias familias se acercaban tranquilamente a recoger lo que necesitaban, sin ningún tipo de restricción, límite o control.

—¿Siempre tienen tanta abundancia? —preguntó Daniel, curioso.

—Cada familia toma lo que necesita, considerando a los demás —explicó Amara—. Han habido momentos en que tuvimos poco, pero otra zona nos ayudó. Ya que compartimos lo que tenemos los unos con los otros, nunca nos ha faltado.

Daniel observó las manos manchadas de tierra de una mujer que, sonriendo, entregaba una canasta de zanahorias a un grupo de jóvenes.

—Me surge una duda —confesó Daniel—. ¿Nadie paga por todo esto?

—Nadie paga porque nadie cobra —explicó Amara.

—Pero ¿cómo se aseguran de que la gente trabaje?

—Somos todos voluntarios. No hay necesidad de forzar a las personas a trabajar. Todos queremos contribuir de alguna manera.

—Es que no llego a entender cómo puede funcionar eso —dijo Daniel con incredulidad—. Puede que a algunos les gusten ciertos trabajos, pero nadie quisiera hacer trabajos sucios y denigrantes sin algún tipo de motivación externa, sea por fuerza o por alguna recompensa material.

—Pensalo de esta manera... —probó Amara—. En tu propia experiencia, cuando una madre o un padre prepara la comida, ¿le cobra a su familia por el trabajo?

—No, claro.

—Incluso los trabajos que algunos consideran como sucios o denigrantes, como limpiar los baños o cambiar pañales sucios, han sido hechos gratuitamente por una gran cantidad de personas a lo largo de toda la historia. Cuando hay amor, no hay necesidad de coerción o incentivos materiales. Es solo cuestión de reconocer que nuestra verdadera familia es más grande que el núcleo inmediato y que nuestro amor no necesita fronteras.

Eso dejó a Daniel reflexionando sobre sus propias actitudes hacia el trabajo. Podía ver que lo que decía Amara funcionaba, aunque todavía no entendía algunos detalles.

—Entonces ¿cómo se coordina todo esto? —preguntó.

—En cada pueblo hay un centro de trabajo —explicó Amara—. Allí hay computadoras en las que uno puede anotar cualquier trabajo que se necesite hacer y por el que se requieren voluntarios. Todos los trabajos se compilan y se organizan en prioridad dependiendo de su importancia y urgencia. También se organizan en categorías y se colocan en las pantallas de convocatorias. Cada día las personas hábiles van al centro de trabajo y se postulan para las tareas que más quieren hacer. Los trabajos van cambiando en prioridad a medida que las personas se van ofreciendo para hacerlos. Los trabajos que antes se veían como los más denigrantes o difíciles, a menudo son vistos ahora como los más atractivos. Hemos descubierto que cuando uno trabaja motivado por amor, todos los trabajos tienen significado y dan satisfacción.

Al salir del invernadero, un vehículo silencioso se paró junto a ellos. Se detuvo y Amara le señaló a Daniel para que se subieran.

—¡Hola! —saludó el conductor —. ¡Bienvenidos!

Mientras el vehículo andaba, Daniel se atrevió a preguntar:

—¿Acaso no convendría tener vehículos autónomos? ¿No les ahorraría tiempo y les daría un voluntario más para ayudar con otra tarea?

—Para nosotros, la producción no es lo más importante —respondió Amara—. Siempre tenemos que evaluar cómo la producción o la tecnología afectan nuestras relaciones inmediatas y a largo plazo. Descubrimos que a veces es mejor sacrificar la conveniencia y la eficiencia para darle prioridad a cosas más importantes, como conocernos mejor los unos a los otros y servir a los demás. Esto, a la larga, nos ha enriquecido mucho más que depender totalmente de máquinas y algoritmos. Como has visto, tampoco ha afectado nuestra producción. De hecho, ahora hay suficiente para todos y no hay personas entre nosotros que sufran necesidad. La tecnología no desapareció, solo cambió su propósito. Ahora solo la usamos para cuidar la vida, no para explotarla.

Daniel asintió, pensando en todo lo que había visto anteriormente y mirando ahora los senderos llenos de flores que se extendían en todas direcciones. Mientras viajaban observaba que para trayectos cortos, los que podían, usaban bicicletas o caminaban, y que los vehículos que se usaban para distancias más largas funcionaban con un sistema de energía limpia.

Pasaron frente a varias casas modestas, construidas con diversos materiales renovables. En lugar de muros altos para proteger cada vivienda, había patios compartidos donde varias familias cocinaban juntas y conversaban.

—¿A quién le pertenecen estas casas? —preguntó Daniel.

—Son casas comunitarias —dijo Amara—. Cada familia y persona tiene un lugar para vivir, pero nadie posee nada como suyo. Todo se comparte. Siempre se toma en cuenta las necesidades de cada persona.

Daniel frunció el ceño, pensativo.

—¿Y si alguien quiere mudarse?

—Se conversa con la comunidad. Siempre hay un espacio abierto para quien lo necesite. Además, viajar y conocer a otras personas en otras zonas es para muchos una de las experiencias más disfrutables y educativas.

Daniel y Amara se detuvieron en el patio comunal de uno de los barrios. Allí pasaron un tiempo compartiendo una comida y conversando con la gente local sobre las diferencias que Daniel notaba entre lo que le contaban y lo que él había experimentado toda su vida.

Al atardecer, pidieron otro transporte y volvieron a la plaza donde Daniel había conocido a Amara por primera vez.

—Sé que es mucho para tomar todo de golpe —dijo Amara—. Hay todavía mucho más que te podríamos mostrar. El Reseteo nos enseñó una lección que no olvidaremos: el materialismo destruye. Lo reemplazamos por una búsqueda sincera de amor y verdad. Si alguien intentara imponer la codicia

otra vez, se quedaría solo porque todos hemos probado un camino mejor y no pensamos regresar al viejo mundo.

—Sé que antes me compartiste un poco sobre la destrucción total a la que casi llegó la humanidad, y que llevó al Reseteo —respondió Daniel—. Pero sigo sin entender cómo lograron que las personas que tenían el poder y abusaban de él lo cedieran. ¿Cómo consiguieron que las personas finalmente cambiaran para vivir como viven ahora?

—Mucho ya se les ha explicado a ustedes en el pasado y por adelantado. El Reseteo implicó un cambio total y brusco. Pero pensá esto: Si quisieras armar un equipo de personas para reparar un edificio dañado, ¿reclutarías a las personas que quieren construir o a las que quieren seguir destruyendo?

—Claramente a las que quieren construir —contestó Daniel.

—¿Y qué tipo de personas creés que se necesitan para construir un mundo como el que tenemos acá?

—Supongo que las que quieren hacer las cosas bien, que valoran el amor y la sinceridad, que quieren un mundo así como el que tienen ustedes.

—Bien dicho —dijo Amara—. ¿Y cómo te asegurarías de que sean personas así y que no estén fingiendo, esperando alguna oportunidad para reintroducir el viejo modelo?

Daniel se quedó pensando por un momento. De repente se dio cuenta de algo que no había considerado anteriormente:

—Imagino que las personas que realmente quieren hacer las cosas bien intentarían hacer el bien incluso cuando nadie más a su alrededor lo esté haciendo. Serían personas que se atreven a decir la verdad aun cuando no es popular, amar a las personas incluso cuando no lo merecen, servir a los demás sin demandar algo a cambio. Reconocerían sus propios errores y estarían dispuestos a perdonar los de los demás. Serían personas que incluso en circunstancias adversas y negativas no se darían por vencidas, sino que seguirían inteniendo mejorar y desarrollar virtudes, confiando que eso mismo tiene valor incluso cuando la sociedad a su alrededor no lo valora.

Daniel no escuchó una respuesta. Solo vio una luz brillante y luego se encontró en un lugar más familiar, sentado en otra plaza en medio de una ciudad que conocía bien. El olor de la polución y el ruido de fondo del tránsito fue lo primero que le hizo contraste. Propagandas de todo tipo batallaban por el espacio visual. Las personas andaban apresuradas sin mirarse los unos a los otros, cada una en su propia burbuja.



Mientras Daniel caminaba hacia la estación de tren para volver a su casa, vio en la pantalla de televisión de una cafetería que los noticieros todavía anunciaban los conflictos bélicos, asesinatos, robos, abusos sexuales y otros escándalos. Los negocios competían ferozmente para incentivar a las personas a comprar y consumir productos que no necesitaban y que, de hecho, les hacía daño a ellos y al planeta.

Cuando llegó a casa, Daniel estaba exhausto. No supo si la visión que tuvo de ese otro mundo fue real o un producto de su imaginación. Pero eso no le importaba. Solo se preguntaba qué debía hacer él para ir desde acá para allá. Se dio cuenta que ya sabía la respuesta. Lo único que faltaba era ponerla en práctica.

LA COSECHA

Alicia y Ernesto se estaban prácticamente muriendo de hambre. Los arbustos espinosos fuera de su casa habían llegado hasta la puerta, y algunas ramas ya empezaban a invadir la entrada. Salir a recoger las pocas bayas que podían encontrar para comer era cada vez más difícil ya que tenían que machetear un nuevo camino cada día, porque los arbustos tardaban solo medio día en volver a crecer. A menudo gastaban más energía de la que recuperaban con los frutos, y además era complicado distinguir entre los comestibles y los venenosos. Más de una vez se enfermaron, debilitándose aún más.

Un día, mientras miraban por la única ventana de su choza, notaron algo extraño: una hoja verde y resplandeciente que asomaba entre la maleza espinosa. Tenían miedo de arriesgar su poca energía en investigar lo que era. Pero tenían curiosidad y sentían una fuerte convicción que los impulsaba a ir hacia la hoja que les llamaba la atención. Así que agarraron sus machetes y, con la poca fuerza que les quedaba, abrieron camino hasta ella.



Quando por fin llegaron, se quedaron sin aliento: frente a ellos había una planta distinta, cargada de frutos rojizos, del tamaño de la palma de una mano. Ernesto se atrevió a arrancar uno. Lo olió, le dio un pequeño mordisco... y enseguida sintió que la energía regresaba a su cuerpo. Alicia, al verlo, probó también. Ambos se miraron incrédulos, y luego se abrazaron con una alegría que hacía mucho no sentían.

Al poco tiempo descubrieron que un simple gajo de aquella planta podía crecer rápido y volver a dar frutos. Eso los maravilló, ya que se dieron cuenta de que no solo podían dejar atrás el hambre, sino también aliviar el

de los demás. Así comenzaron a cultivar docenas de plantas y a soñar con llevarlas a quienes más lo necesitaban.

Pero cuando intentaron hacerlo, se toparon con algo inesperado. Al acercarse a las primeras casas, recibieron gritos desde adentro:

—¡Váyanse de aquí!

—¡Nos quieren engañar y robar nuestras bayas como esos otros chantas!

—¡Pero queremos ayudarlos! —respondía Ernesto—. Esto es de verdad. Esta planta realmente alimenta y quita el hambre.

—¡No nos interesa! —les gritaban.

Con el corazón encogido, regresaron a su hogar.

Esa noche, Alicia rompió el silencio mientras miraba las pequeñas plantas que habían logrado cultivar.

—Ernesto... ¿y si realmente estamos equivocados? ¿Y si la gente tiene razón y solo estamos metiéndonos donde no nos llaman? Quizás la planta no es tan buena como pensamos... —murmuró Alicia.

Él suspiró, cansado, pero con los ojos firmes.

—No lo creo, hermana. Yo sentí la fuerza de esta fruta en mi cuerpo, y vos también. No puede ser malo compartirla. Lo que pasa es que tienen miedo.

Tratando de mantener la visión de un mundo mejor, seguían intentando cada día alcanzar a las personas con las plantas. A veces recordaban las pocas ocasiones en que alguien les había dado las gracias. Pero en la mayoría de los casos recibían solo rechazos y puertas cerradas. Esa indiferencia los llenaba de dudas.

—¿Y si ese miedo nunca se va? —preguntó Alicia, recordando aquella

conversación que habían tenido—. ¿Y si nunca confían en nosotros? —Entonces no tenemos que esperar a que nos lo pidan —dijo Ernesto, con una sonrisa decidida—. No necesitan vernos, ni darnos las gracias. Basta con que encuentren las plantas.

Decididos, probaron otra estrategia para minimizar la cantidad de rechazo que recibían. Trataban de minimizar el ruido que hacían al acercarse a las casas. Si bien seguían saliendo de día a veces, por si llegasen a conocer a personas que apreciaran su esfuerzo y quisieran sumarse a su misión, ahora mayormente se escabullían por los arbustos bajo



la luz de la luna. En silencio, macheteando pequeños caminos y cargando los gajos que habían cultivado, dejaban las plantas cerca de los hogares sin saber si realmente estaban teniendo resultados. Lo único que los mantenía motivados era imaginar a alguien encontrando la planta al amanecer y probando por primera vez el fruto rojo.

Pasaron los días y las noches, hasta que una madrugada, después de haber dejado plantas en un sector más lejano, se acercaban a casa cansados, agotados y con poco ánimo.

—Ernesto... ¿y si todo esto no sirve de nada? —la voz de Alicia temblaba entre cansancio y tristeza—. Nadie nos quiere escuchar, casi todos nos rechazan.

Él bajó la mirada, arrastrando el machete sobre la tierra húmeda.

—Yo también lo pienso a veces... Quizás no estamos cambiando nada.

—¿Y si solo nos engañamos creyendo que hacemos algo bueno? —Alicia acarició una de las hojas de los gajos que cargaba—. ¿Y si en verdad nadie las quiere?

Ernesto no respondió enseguida. Después de un largo silencio, dijo en voz baja:

—No lo sé, hermana. Pero al menos lo intentamos y ya sabemos cuál sería el resultado de no intentar. Lo único que tiene sentido es seguir sembrando, seguir creyendo que al hacer el bien, estamos haciendo algo de gran valor.

Ambos se quedaron pensativos esa noche, decididos en seguir plantando a pesar de los pobres resultados que veían, en la esperanza de que alguna vez encontrarían a otras personas que compartieran su visión.

Lejos de allí, por donde Ernesto y Alicia habían pasado hacía poco, en una choza de madera, dos hermanos huérfanos se despertaron con el estómago vacío y los labios resecos. Se levantaron despacio, casi sin fuerzas, y uno de ellos miró hacia la pequeña ventana.

—Che... —dijo señalando con el dedo—. ¡Mirá eso!

El otro se acercó y entre los arbustos oscuros distinguieron algo distinto: una planta con hojas verdes y brillantes que asomaba entre las espinas. Sus ojos, apagados por el hambre, brillaron con un destello de curiosidad.

—Vamos a verla —susurró el mayor.

Agarraron un machete oxidado y, con torpeza, comenzaron a abrirse paso hasta llegar a la planta. Cuando la tuvieron enfrente, se quedaron mudos. Los frutos rojizos, del tamaño de la palma de su mano, parecían arder con un color intenso bajo la luz de la mañana.

Los dos se miraron, con una sonrisa que no tenían hace mucho tiempo.

Y entonces, con esperanza en los ojos, extendieron las manos para probar el fruto.



**Para más información
y ayudar a plantar:
ComoVivirPorFe@gmail.com**

